

Vicente Casanueva

## Don Enrique Molina, el Existencialismo y la Filosofía Perenne



DESDE un ángulo del Salón de Conferencias de la Universidad de Concepción hemos escuchado la última disertación filosófica del insigne maestro que es don Enrique Molina.

Versó sobre el Existencialismo y la Filosofía Perenne, que es como decir sobre el infierno y el cielo.

Su voz experta comenzó en suave cadencia, se alzó ágil al señalar un nombre, fué cortante al denunciar un abismo del pensamiento, sentenciosa cuando advierte el motivo eterno del vivir como seres cultos; y se agitó rumorosa, trágica, cuando debió glosar el aspecto dramático de ciertas contradicciones filosóficas.

Al iniciar el tema, nos ocurrió un raro fenómeno de asociación de ideas: surge ante nosotros la visión de algo ya visto que nos ha dejado eterna impresión; es la reminiscencia de un panorama austral: majestuoso, en medio del océano y de su alborotado líquido, desafiante a todas las furias de los elementos se alza el peñón de los Evangelistas. Sobre él, el hombre ha erigido un faro. Pasan los años, cunde el embate furioso de las tempestades, se producen cataclismos telúricos que transforman la orografía del paisaje austral, pero allí está siempre Evangelistas, señalando el rumbo a los navegantes que afrontan la tormenta. El espectáculo

prodigioso de esta roca solitaria en la que anidó el hombre la distintiva superior de su valor en actitud heroicamente solidaria, difícilmente podrá borrarse de quien tenga la suerte de contemplarlo.

Idénticamente la posición del espiritualista señor Molina sigue incólume a pesar del continuo cambiar de las ideas: alto como una mole rocosa, firme en medio de la trituración de todos los valores nacionales, sereno como astro rutilante lanza valeroso el fanal de su filosofía perenne para horadar las tinieblas de la angustia en que nos debatimos.

Comenzó su conferencia indicando los precursores y maestros de ceremonia del existencialismo. Se detuvo en la angustia, leit-motiv de este movimiento filosófico; definió a Kierkegaard el danés, a Heidegger el germano, a Jaspers; citó a la Beauvoir y remató en el acróbata Jean Paul Sartre.

Sigamos el hilo de la charla de don Enrique Molina: es la angustia la causal que mueve a Kierkegaard y a sus émulos a sentar la doctrina existencialista. El hombre y su angustia, solo, frente al mundo, abandonado a su dolorosa existencia. Sin apoyo, sin objeto preciso de vivir, nacido contra su voluntad y ante un abismo inevitable que es la muerte.

Bastó la primera guerra—dice el maestro—para desencadenar en la moral humana europea la desesperación de vivir. Pero antes de la guerra, el problema de la angustia preocupa a ciertos pensadores.

Es cierto—agrega el señor Molina—que hay una tendencia existencialista cristiana que da una participación a Dios en esta doctrina filosófica. Pero la verdadera corriente existencialista se afirma en el materialismo más consumado.

Solitario y sin ninguna tregua—al decir existencialista—el hombre se halla en la vida sin auxilio ni sostén de ninguna especie. Breve es el gozar, largo y tedioso es el sufrir. Se impone entonces en su conducta diaria el vivir despojado de creencias, libre, sin sujeciones que limiten la búsqueda del máximo de fe-

licidad, haciendo todo lo posible por dilatar el corto camino que fatalmente conduce hacia la muerte.

Esta ruta filosófica no puede ser más pesimista. Ya había hecho caudal de ella Schopenhauer—el cual bebió su inspiración de extrañas doctrinas de Oriente, por cierto que nada de cristianas, agregaremos.

Ante las afirmaciones del existencialismo, rotundamente dolorosas, se yergue la espiritualidad del maestro, que clama a su vez angustiado ante tanta angustia: ¡ésto no puede ser, el hombre jamás estará abandonado a su destino mientras aliente un soplo de divinidad en su angustiado ser! Todo cuanto afirman los existencialistas estaría bien; pero... ¿cuál será la conducta que observará moralmente el existencialista frente a su prójimo? Puede estar muy bien el actuar en la creencia de que se está completamente desamparado, solo frente al mundo, contra la propia voluntad; pero mientras tanto y en el diario vivir es necesario observar una conducta moral junto a los semejantes. Una conducta que no dañe, que no perjudique en forma alguna a los que no piensan como los existencialistas.

Esta es la pregunta que cabe hacerle al existencialismo—dice tonante don Enrique Molina—. Y mientras en la sala vibra la luminosa interrogante que enjuicia la tendencia susodicha, se yergue el maestro y principia a desgranar las perlas más finas de su ideario filosófico de eterna meta entre los hombres.

El hombre ha logrado por actuar superiormente desprenderse de los lastres que impiden el libre aflorar de la excelsitud de la personalidad. El hombre es creador y sustentador de valores,—dice don Enrique—y a su vez el mantenedor de su propio valor por antonomasia.

Frente al error del existencialismo que presupone el limitar las condiciones del espíritu entre un nacer involuntario y un morir fatal más que involuntario, entregado a todas las angustias y sin apoyo alguno, se alza la tónica excelente de la filosofía perenne, que facilita al hombre durante su existencia la supe-

rior conducta humana mediante actitudes que le ennoblecen y le aseguran la satisfacción espiritual de vivir.

El hombre mediante el trabajo y la virtud podrá enaltecer la existencia y hacerla un poco más grata a los demás. Mediante la disciplina y la honradez disipará la angustia que entenebrece.

Contra el existencialismo deben alzarse las bellas concepciones de la filosofía perenne. Filosofía perenne, que como lo dice el señor Molina, es la salvación de esta humanidad atormentada que afligida en la hora undécima, retrocede y cree hallar el remedio para su angustia en el virus que provoca el mal. Filosofía perenne porque es eterna creadora, porque representa al hombre en su fase más noble y constructiva: un hombre que al través del trabajo y en el ejercicio de la más noble espiritualidad crea cada vez, valores humanos más vitales, más útiles a su prójimo y es al mismo tiempo sostenedor de su propio valor.

Hasta aquí la palabra autorizada del maestro. Ahora vayan nuestras reflexiones.

Ya que de la angustia se habla, convendría hacer un paréntesis para analizar los motivos psicológicos que puedan agitar a ciertas corrientes filosóficas que han debido suponer y han terminado por aceptar como inalterables las condiciones vitales del diario existir.

Son muchos los que sufren abocados a un tormento cotidiano que no tiene remedio mientras vivan. Y esta porción humana—debemos decirlo en honor a la verdad—constituye la mayoría del planeta.

Son los desheredados y sus proles indigentes. Desheredados en toda la extensión árida de la palabra: de todo auxilio, de toda circunstancia favorable, de toda moral.

Carecen de condiciones, de medios en los cuales desarrollarse un poco mejor que antes, que es la mínima exigencia humana. Rodeados por la miseria y en consecuencia por los vicios arrastran sus existencias sórdidas limitando su triste existir

entre hitos fatales que repercuten en lo más profundo de sus mentalidades: la taberna, la cárcel, el hospital y el cementerio.

¿Es que quieren ser así y continuar siéndolo, estos seres que se diferencian de los más selectos en meras condiciones y circunstancias de las que ellos están huérfanos, susceptibles de haber sido ya reparadas por los hombres más cultos?

No pueden quererlo, aunque en su deficiencia hereditaria y de ambiente no sepan y carezcan de alicientes para evitar las trágicas limitaciones de su triste existir.

Nadan en esas inmensas lagunas sociales, sin una voz de aliento, sin una posibilidad mejor de actuar, de vivir valiosamente; nacen en la pieza sórdida del conventillo, llena de miasmas en la promiscuidad más horrorosa; crecen raquíticos como las plantas sin sol por carencia de alimentos vitales. Se desarrollan más tarde junto al botadero de basuras o envenenados sus pulmones por el cercano albañal y en estas condiciones terribles deben asistir maltrechos a la escuelita rural, a oír muchas cosas que son para instruir, pero ninguna que sirva para amar y enaltecer el motivo de vivir; o si las oye el rapaz, no podrá entenderlas por no haber estado antes vibrando en sus células. Más tarde sin moral alguna se dejarán enceguecer por la tentación del delito que apresura fatalmente el logro fugaz de un apetito: no hay en ellos una siembra de buenos hábitos que contrarreste al mal; ese es el diario deslizarse de los que viven en forma tan «existencialista».

Aquí se inspiró dicha doctrina: en faltas que a todos nos alcanzan porque no hemos luchado sin cesar por extirparlas. Porque es a los intelectuales a quienes corresponde de preferencia una tarea social sobrehumana, divina: el hacer un poco más grata la existencia a los que por sí mismos no pueden agradarla.

Los intelectuales dé más peso, más venerados por la opinión pública y por los altos poderes del Estado están en la obligación de hacer valer las causalidades de las tribulaciones de los débiles y desheredados de la sociedad.

Caeríamos en atormentador abismo si, al tratar de hallar las causales psicológicas del existencialismo, le diéramos patente filosófica, justificándolo.

El existencialismo pinta no una filosofía de la vida, sino un error tremendo de la existencia misma.

Es el trasunto de la amargura de los elementales, angustiados fatalmente ante la perenne costra de injusticia e indiferencia social.

No podemos hacer de las deficiencias humanas y sociales motivo de postulados filosóficos para continuar la dura ruta de la vida. Pero no debemos permanecer indiferentes y serenos ante tanto dolor de nuestro prójimo, porque una serenidad así es hija de la ceguera social y está reñida con el amor y la bondad.

Quedamos entonces entre dos tendencias: la existencialista, que fomenta la amargura entre los hombres proclamando como eterna verdad un error de la conducta de la sociedad humana y haciendo de la angustia un culto masoquista; y la filosofía perenne que en sus más bellas concepciones nos señala los más nobles deberes en la hora presente y en toda hora.

Pero la filosofía—aquí está el bemol que faltaba señalar,—es patrimonio del hombre superior, de aquel que piensa en la bondad y en el amor y que por saberlos emanados de la Providencia como ejes inmutables de la verdadera felicidad humana, los señala como normas a todos los hombres de buena voluntad, a todos los que dejando falsos espejismos de riqueza, poderío, ostentación, los tengan por firmes ideales, los postulen y prediquen, destruyendo así el avance arrollador de la angustia. Porque ésta, alimentadora del existencialismo, lejos de enaltecer la moral humana, la suspende en un abismo presa del vértigo de la más innoble materialidad.

Es el hontanar de las desgracias sociales el que motiva cada cierto tiempo una reacción que quiere ser filosófica cuando en verdad en lugar de mejorar lo existente y contribuir a hacer más placentera la existencia, remueve el cieno y enturbia la visión. Pe los problemas que a todos nos atañen como seres pensantes,

El pesimismo, el comunismo, el existencialismo, señalan sucesivamente la misma falla social, pero no son derroteros de felicidad.

La angustia crece, aumenta, los problemas permanecen y mientras los actores trágicos del dolor humano—llámense pesimistas, comunistas, existencialistas—representan patéticos y quemantes su angustiado papel, los maestros sanos, dignos como don Enrique Molina, de pie en medio de la torrentera que arrasa todos los valores vitales, indican sabiamente la ruta luminosa del hombre superior.

Pero su voz se pierde en los espacios de los recintos sagrados del espíritu: sólo es recogida por algunos espíritus inquietos.

Mientras tanto, afuera, la vorágine humana de los que tienen asida la existencia a sus garras de conquistadores, continúa impertérrita en la conservación irritante e injusta de sus prerrogativas económicas y sociales. Obedecen a un mandato superior a la filosofía perenne: al mandato de Mammón.

¿Qué hacer contra el orden de cosas establecido?

¿Rebelarse y actuar violentamente? ¡No! La violencia acarrea la violencia.

¿Demostrarse indiferente o estoico? ¿Ser sereno en medio de la tormenta social?

¿O caer en el existencialismo más amargo?

¿O dejarnos mecer por lo que ya sabemos—por suerte para nosotros mismos—de la filosofía perenne y de sus bellas concepciones?

❑ Pero la inquietud es más honda y es más estricta con nosotros mismos: ¡no podemos permanecer indiferentes ni serenos porque el hombre es constructor eterno de valores y mantenedor de su propio valor!

Y esto es lo que el insigne maestro, don Enrique Molina, recalcó en su bella conferencia: ¡tener valor para vivir esta existencia incierta en esta noche de deseos, tenebrosa, tener valor para, a la vez, poder construir nuevos valores!